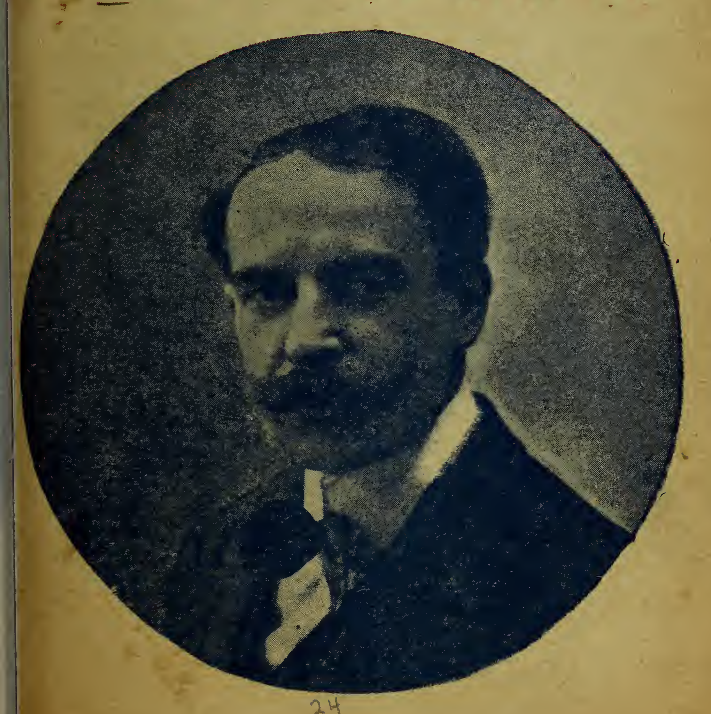
IV.

BIBLIOTECA DRAMÁTICA ARGENTINA

JOSÈ DE MATURANA

LA GENTE DEL BARRIO



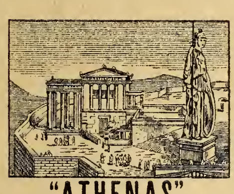
1911
Buenos Aires

"ATHENAS"
Librería, Imprenta y Anexos
Maipú 161

JOSÉ DE MATURANA

La gente del barrio

Sainete callejero en un acto y en verso



"ATHENAS"

1911
MENÉNDEZ Y CÍA., EDITORES
Buenos Aires, Calle Maipú 161

PERSONAJES

LA VIEJA ANGUSTIA, 50 años madre de
ASUNCIÓN, planchadora, 25 años.

LUISA ROSA MARÍA CARMEN RAMONA EMILIA	Muchachas del pueblo, trabajadoras, jovenes, distintas edades.

MARCELO, cochero en huelga, 25 años.
JUAN, Idem, acompañante de Marcelo.
DON PIETRO, 45 años, italiano.
UN FAROLERO, no habla.

La acción en una esquina del suburbio porteño. Epoca actual: 1911. Las indicaciones, del lado del actor.

Cuadro único

La "cosa" ocurre en la calle, así es que el telón del frente debe ser el exponente de un pintoresco detalle. La vieja Angustia Lavalle, que es muy gritona y ladina, ha puesto en la misma esquina un gran taller de planchao, que en un letrero apropiao dice: "Planchadora fina".

A la izquierda del actor, se alza otra casa cualquiera, con un letrero é madera que dice: "Pan de la Flor"; no habría nada mejor que á la derecha también se alzara, en el mismo tren, otra casita lindera, y que otro cartel dijera con letra grande: "Almacén".

Dispuesta así la cuestión, para que nada faltara, quisiera que se asomara la planchadora Asunción, que, al levantarse el telón, como terminó el trabajo, está cantando á lo bajo cualquier canción popular, de esas que hacen exclamar: "¡Ah, China, pegame un tajo!"

Como el momento es muy lindo, yo quiero que el panadero salga á la puerta, "cabrero", con un cachimbo de guindo; se ha de llamar Pietro Spindo, porque es nombre de italiano, y con un diario en la mano, pues no ha de tener que hacer, se hace el que supiera leer, y luego enciende un toscano...

En cuanto el telón se ha alzao, salen de los dos boliches muchachitas como chiches, con las cosas que han comprao; cada una va por su lao: unas llevan pan francés ,otras yerbas y cafés, y Luisa, morocha ardiente, sale del taller de enfrente con dos camisas ó tres.

En seguida ó al instante, como llovido del cielo, sale el compadrón Marcelo del almacén, muy campante; mira como un comandante, y orgulloso de su facha, le larga á cada muchacha que por la calle camina, piropos de "percantina", que le hacen mostrar la hilacha.

El papel de compadrito, ó sea ese de Marcelo, que lo haga un actor de celo, que diga bien lo que he escrito; al de italiano con pito que le pongan bien la espuela, porque un "María Manuela" no lo hará como lo sien-

to... ¡Y aquel que no esté contento, que la proteste á su abuela!

Como la vieja es de pico, mano larga y respondona, debe hacerla una matrona como doña Orfilia Rico; el de Asunción lo dedico á alguna linda mujer, que el papel tendrá que hacer con una gracia muy fina: debe de ser argentina para no echarlo á perder.

Por último, que el papel del Juan, que no es una historia, no me lo haga un "zanagoria", sinó un actor "de cartel", que esté conforme con él, sin rodeos ni pamplinas; y en fin, si las partiquinas quieren su rol estudiar, ¡el sainete se va alzar, del piso, á las bambalinas!

ESCENA PRIMERA

MARCELO y MARIA

(Después del movimiento que se indica en las acotaciones anteriores, MARCELO se encara con MARIA, que cruza la calle entrando por la izquierda).

MARCELO—Adios, prenda, camine con gran cuidao,
Que dicen que Dios anda muy enojao.
MARIA—¿Por qué?
MARCELO—Porque en el cielo faltan luceros.
MARIA ¡Qué gracioso!
MARCELO—Sus ojos, tan traicioneros,
deben ser los luceros que le han robao.
MARIA—¿Por qué no se contrata de galán joven?
MARCELO ¿Yo, meterme en el teatro? ¡No se joroben!
Pa darle mis cariños á una muchacha
bonita, basta y sobra con esta facha:
con este pañuelito y este sombrero
requintao á la zurda...
MARIA—¡Cómo un carrero!
MARCELO—No sé, pero es al truco: me pinto solo,
mejor que en un sainete del teatro Apolo.

MARIA—(Marcando el mutis).
¡Pucha, qué alabancioso! Parece chico
criao con ama é leche, como hijo é rico.
MARCELO—No soy chico; tampoco soy vejestorio...
MARIA—¡Pero ha de ser pariente del Juan Tenorio!
(Váse por la izquierda, riendo á carcajada limpia, al tiempo que aparece RAMONA por la derecha dirijiéndose á la panadería garbosamente).

ESCENA II

MARCELO y RAMONA

MARCELO—Oiga, mire, morocha: sin ser tan viejo,
me gusta hacerme el padre... ¿Quiere un consejo?
RAMONA—¿A mí?
MARCELO—Seguramente, ya está enterada
de que el domingo nadie despacha nada
de alcohol ni de licores?
RAMONA—Buena medida
para los que se pierden por la bebida.
MARCELO—Pero es el caso,
que nadie se ha dao cuenta del macanaso,
porque aunque no haya ni un almacén abierto
y el domingo resulte pior que un desierto,
le juro que me río de la ordenanza
si quiero encurdelarme.
RAMONA—¡No, qué esperanza!
¿Y cómo? ¿de qué modo?
MARCELO—Pues, muy sencillo:
con la luz de sus ojos, que tienen brillo
pa darles cuatro curdas al más pintao.
RAMONA—¡No crea en eso, rubio! ¡Lo han engañao!
MARCELO—A mí no se me engaña como á un otario;
y vea, si yo un día soy comisario,
y es día de domingo, y usté resulta
que lleva bien abiertos los dos ojitos...
RAMONA—¿Qué pasa?

MARCELO—¡Qué en seguida le meto multa!
¡Pim, pam! ¡Le meto multa de cien pesitos!
RAMONA—¡Já, já, jay! Mucha plata; yo soy muy pobre,
y no tengo pa multas ni un solo cobre.
MARCELO—Es lo que pasa...
Pero usté los domingos quedesé en casa.
Y ya ha visto, mi prenda, que un buen consejo
le doy, aunque toavía no soy muy viejo...
RAMONA—Bueno, ¿Y los otros días?
MARCELO—(Con gran entusiasmo) ¡Los otros días,
salga, pa hacer que canten mis alegrías;
pa verla reluciendo como un tesoro,
porque usté en su hermosura tiene más oro
y es más rica en las prendas de amor que lleva
que el mismo don Benito de Villanueva!
RAMONA--¡Já, já, já! (Yéndose).
MARCELO—¡Adios, paloma!
RAMONA—¡Qué rico tipo!
MARCELO—(Muy compadre, después del mutis de RAMONA por la panadería).
¡Esta es de aquellas que hacen quitar el hipo!

ESCENA III

MARCELO, JUAN, DON PIETRO, RAMONA, ASUNCION, en la ventana, y ANGUSTIA, que pasa.

ASUNCION—(Cantando.)
"Sobre el alero escarchao
encontré esta madrugada
una palomita helada
que el viento la había estraviao."
JUAN—(Saliendo del almacén, á MARCELO.)
Si don Martín Coronao
viene y la escucha á Asunción,
se le queda el corazón
como cordero ensartao...
DON PIETRO— (En la puerta de la panadería, Estornuda.)
¡Atchiss!

JUAN—¡Salute, Macario!

DON PIETRO—Cuesta mochacha de enfrente
canta macanutamente...

RAMONA—(Saliendo de la panadería, indignada contra quien se supone el dependiente.)
¡Salga de ahi! ¡No sea otario!
Diga que no hay quien le tira
con el pan por la mollera...

DON PIETRO—¿Qué le pasa? ¿Está cabrera?
¡Pucha! ¡Parece mentira!

RAMONA—¡Oh, dejemé de embromar
usté, con su dependiente!

DON PIETRO—¿Qué gay?

RAMONA—¡Qué es un insolente,
y á mí no me va á tantiar!

DON PIETRO—Osté nunca estás contentas;
tiene un genio peliagudo.

RAMONA—¿Y usté, qué es? Un calzonudo,
que no le arregla las cuentas
á ese zonzo.

MARCELO—(Acercándose.) Muy bien dicho
lo que dice la muchacha,
porque ese... no tiene facha
pa andar haciéndose el bicho.

DON PIETRO—¿E osté, qué se mete aquí
en cuesto que no le emporta?

JUAN—¡Pedazo de cara é torta!

MARCELO—Yo me meto por que sí:
porque usté y su dependiente
que es un avestruz perdido,
son muy cáidos de algún nido
para embromar á la gente.

JUAN—(Poniéndole la mano en el hombro izquierdo, cosa que hará MARCELO en el derecho, repetidamente, con gran indignación de DON PIETRO.)
Y porque con ese saco
y ese aire de viejo bobo,
vale menos que el tabaco

que está fumando en el globo.
DON PIETRO—Qué dice osté?
MARCELO—Lo que oyó.
JUAN—Lo que escucha, lo que digo.
MARCELO—Y eso que dice mi amigo,
lo sostengo también yo.
RAMONA—¡Bueno, basta!
JUAN—¿Ha comprendido?
DON PIETRO—(Gritando.)
¿E á mé, qué me emporta á mé
de cuesto que dice osté,
cumpadrito entrumetido?
MARCELO—¡Callesé!
JUAN—¡Basta de hablar!
DON PIETRO—¡Cristo dun Cristo!
MARCELO—¡Mejor
que se vaya á despachar
el negro "pan de la flor"!
RAMONA—Bueno, despache prontito,
porque yo estoy apurada.
DON PIETRO—(Ademán cómico.)
¡Cristo: le doy dos trompada
á este par de cumpadrito!
JUAN—MARCELO ¿A quien? (Ademán simultáneo.)
DON PIETRO—(Huye despavorido, haciendo mutis con RAMONA, mientras JUAN y MARCELO ríen estrepitosamente).
MARCELO—¡Ah, loco! ¡Já, jay!
Si en cuanto mangian la cosa,
ponen pies en polvorosa,
como corriendo á un tranway!
(Sale la vieja ANGUSTIA de su casa, con una canasta llena de ropa planchada. Se encamina hacia la derecha.)
JUAN—Mirá, quien viene...
MARCELO—No hablés,
que la Angustia anda cabrera:
tiene una bronca é primera

conmigo, hace más de un mes.
¡Adios, Doña!...
ANGUSTIA—¿Doña, qué?
MARCELO—Doña Angustia...
ANGUSTIA—¡Vaya al cuerno!
MARCELO—Soy capaz de ir al Infierno,
con tal de servirla á usté.
JUAN—No es pa tanto...
ANGUSTIA—(A Juan.) Usté es un perro;
vayasé al diablo también.
JUAN—¿A qué hora es que sale el tren?
ANGUSTIA—¿Le han dao vela en este entierro?
(A Marcelo.)
Y usté, ¿se ha creído que yo
soy de esas pobres roñosas,
que se olvidan de las cosas
cuando alguien las ofendió?
No me olvido ni me agacho
por más que se haga el bonito:
¡sepa que no necesito
servicios de mamarracho!
Y que ni mi hija ni yo
le llevamos el apunte,
por más que ande y que pregúnte
si tiene otro novio ó nó...
Y he llegao á comprender
que usté es un gran botarate
que sólo por tomar mate
se nos metió en el taller.
Pero como sé lo que hago,
no me ha é tomar pa las risas:
¡qué le planche las camisas
quién no sepa que es un vago!
(Medio mutis. MARCELO aguanta el chaparrón cruzado de brazos y moviendo la cabeza significativamente.)

JUAN—¡Hermano! ¡Cómo te ponen
de sucio los diarios de hoy!
MARCELO—Y yo tan tranquilo estoy
como los dos no suponen.
¡Oiga, vieja!
ANGUSTIA—Su madrina,
será más vieja que yo.
MARCELO—Pero, escuche...
ANGUSTIA—¡Cómo nó!
¡Vaya, que hay mate en la esquina;
y hay camisitas planchadas
y hay quien lava pañuelitos
y hay charla y hay bizcochitos
y otra punta de boladas.
(Más ironía.)
¡Vaya!... No ponga esa jeta,
y aproveche la ocasión,
que por mi parte Asunción
le va á dar hasta galleta!
(Desaparece por la derecha riéndose de rabia. JUAN, ríe también. MARCELO, la mira alejarse. Pausa.)
MARCELO—(A Ramona, que sale de la panadería y hace mutis por la derecha.)
Adios, retrato de esmalte;
después la tengo que hablar...
RAMONA—¿Sí? ¿Dónde me va á esperar?
MARCELO—Aquí, á las siete. No falte.

ESCENA IV

MARCELO y JUAN

MARCELO—¿Así es que la Asunción anda enojada
y no quiere amigarse.
JUAN—Sí.
MARCELO—No es nada...
De esos enojos se me importa un bledo;
yo no me chupo el dedo,
y es preciso que le haga una jugada.

JUAN—¡Qué estrilo va á casar!
MARCELO—No es ella sola.
La que anda con macanas es la vieja,
pero á mí... ¡con la piola!
¡Por más de que la manda y la aconseja
no me va á hacer la vieja ni la cola!
JUAN—Bueno, ché, cada tema con su loco.
¿No querés tomar algo?
MARCELO—No. Allá viene una nena que es un coco.
JUAN—Entonces, ahora salgo...
MARCELO—¡Fijáte, qué budín! ¡Páica é primera!
JUAN—Yo la mangio hace mucho: es cigarrera
en el Cuarenta y Tres.
MARCELO—¡Linda la cuenta.
que trae la suerte pa fumar de treinta!
(Mutis de JUAN por el almacén, mientras que MARCELO silba, describiendo unos pasitos de tango hasta que aparece CARMEN por la izquierda.)

ESCENA V

CARMEN y MARCELO

MARCELO—(¡Oido á la caja, viejo!) Adios, ricura...
CARMEN—¿Me habrá tomado el gusto?
MARCELO—¡Qué locura!
No me puedo atrever, pero el buen vino
nos dice en el color si es malo ó fino...
CARMEN—¿Y qué quiere mostrarme con todo eso?
MARCELO—¡Qué yo no se fallar, ni por un queso!
Que usté es buen vino y que... aunque estoy de luto,
me tomaba una curda por minuto.
CARMEN—¡Ahí tiene el almacén!
MARCELO—Es que ese vino,
además de ser caro, es muy dañino.
CARMEN—¿Y le parece que yo soy barata?
MARCELO—No sé, pero es bonita... Y es ingrata...
CARMEN—¿No diga ?
MARCELO—Lo que me oye.

CARMEN—¿Está seguro?
MARCELO—Se lo juro, morocha, se lo juro...
¡Si usté tiene más gloria en esa frente
que ganas de embromar el Intendente!
¡Y más respeto me hace dar su traza
que el mismo Victorino de la Plaza!
CARMEN—¡Qué modo é conocer la vida pública!
MARCELO—Es que yo soy así; por la república
y por usté, que es hija de esta tierra,
tentaciones me dan de armarle guerra,
aunque salga perdiendo, al mundo entero.
CARMEN—¡Hagasé ver del médico primero!
MARCELO—Mi enfermedá es de amor: por la hermosura
que está sembrando el barrio de locura.
CARMEN—¡Pues me voy á mudar!
MARCELO—No, no se mude,
que sin usté no hay luz.
CARMEN—¿Sí?
MARCELO—¡Ni lo dude!
Y siempre que usté cruza por la calle
con esa condición, con ese talle
y esos ojos tan negros, tan bonitos
y esos dos lunarcitos
que parecen pintados por un brujo,
de "pe y dobleú" con etiqueta é lujo,
que están pidiendo el sol pa regalarle,
¡por Dios!, que me dan ganas de gritarle:
"¡Ojála que ahora mismo me volviera
la piedrita más blanda á la vedera,
para que siempre que mi amor pasara
por encima de mí no tropezara!"
CARMEN—No me venga con cuentos y hable claro...

ESCENA VI

DICHOS y DON PIETRO

DON PIETRO—(Un momento antes ha salido á la puerta y haciéndose el que lee el diario, observa cómi-

camente á la pareja. Gritando como un energúmeno:)
¡Lo grande batefondo in Cattanzzaro!
¡L'incendio de una fábrica!... ¡Gran siete!
MARCELO— (Indignado:)
¡Vaya á bañarse, que es mejor, panete!
DON PIETRO—¿Panete? Panadero; ma... "¡cafiche!"
MARCELO—¡Pucha qué peine para hacerse el bicho!
DON PIETRO—¡Más peine será osté!
(Ademán de Marcelo.)
CARMEN—(Deteniéndolo.) Deje, Marcelo.
MARCELO—Anda con ganas que le corte el pelo
ó que lo deje como torta frita...
DON PIETRO—¿A quiene? ¿A mí? A mí... ¡co la piolita!
No me parece tanta la fortuna;
ne lo campo é de oréganos! ¡Aicuna!
(Pausa cómica, durante la cual se miran á la distancia.)
MARCELO—(A Carmen.)
Entonces, ¿qué me dice?
CARMEN—No me animo...
MARCELO—¿Será que anda con miedo por su primo,
cuando en trances de amores lo primero
es perder el temor? Yo soy canchero...
CARMEN—No. Si usté es como pájaro sin nido
que anda de flor en flor...
MARCELO—¿Quién le ha mentido?
¡Si yo para el amor soy tan constante
que parezco parada é vigilante!
CARMEN—¡Adios, cabo!
MARCELO—Tan pronto no me ascienda.
CARMEN—¿Pero... está de servicio?
MARCELO—¡Sí, mi prenda!
Y aunque estoy con recargo ,por sus ojos,
aquí me tiene recogiendo abrojos.
CARMEN—Bueno, entonces, me voy, que es el momento.
MARCELO—¿Por qué, perla del Sur?

CARMEN—Viene el sargento...
MARCELO—Pues dejeló venir: somos amigos.
CARMEN—Es que, además, me estorban los testigos.
MARCELO—Pal Registro Civil son necesarios...
CARMEN—Para eso, un auxiliar, dos comisarios,
y un sargento resultan poca cosa!
MARCELO—(¡Ahora, china comadre y pretenciosa!)
Vea: le juro que á su lao sería
capaz de hacerme Jeje é Policía.
CARMEN—¡Es demasiao mandón! (Váse.)
MARCELO—Hasta lueguito;
la espero para dar un paseíto...
(Dirijiéndose á DON PIETRO.)
Y ahora, compadre, ¿qué me dice de esto?
DON PIETRO—¡Le dico que de cuesto
se me ne importa un minestrún con pesto!
(Mutis, lleno de ridícula indignación.)
MARCELO—¡Pucha, digo, si soy! ¡Ya no hay maneras
de hacerme recular con las polleras,
y ya no hay nadie que me gane á fino
para arranyar al sexo femenino!

ESCENA VII

MARCELO y LUISA

(Sale LUISA del almacén, echando chispas contra JUAN. Un atado en la mano).

LUISA—¡Sin vergüenza! ¡Pavo real!
¡Zanagoria! ¡Compadrón!
¡Zonzo! ¡Imbécil! ¡Pelandrón!
¡Bruto! ¡Güanaco! ¡Animal!
JUAN—(Asomándose, á MARCELO.)
Te la recomiendo, hermano,
para hacerle el Juan Tenorio,
porque tiene un repertorio...
¡muy del verano!
MARCELO—¡Eh, joven!
LUISA—¿Qué hay, jovencito?

MARCELO—Si ir descansada prefiere,
para escucharme, ¿no quiere
que le lleve el atadito?
LUISA—¿Es changador?
MARCELO—Soy cochero,
que ha dejao la profesión
por buscar un corazón
que le sirva é compañero.
Y ahora pienso que á una hermosa
como usté, que es de querer,
siempre me debo ofrecer
para hacerle cualquier cosa...
LUISA—¡No haga el zonzo, por favor!
MARCELO—No, si eso no lo se hacer,
pero soy capaz de ser
por usté, que es una flor,
lo mismito un changador
que diputao ó choffer.
LUISA—¡Já, já, jay! ¡Qué linda lata!
MARCELO—Si es que yo la quiero hablar...
LUISA—Piante, deje de embromar,
que el automóvil lo cata.
(Va hacia la panadería.)
MARCELO—¡Oiga!
LUISA—¿Qué hay?
MARCELO—Mire, mi prenda...
LUISA—¿Me va á tener una hora?
MARCELO—Yo merezco que me atienda...
LUISA—¡Ahí tiene á la planchadora!
(Mutis, por la panadería.)
MARCELO—¡Pucha, cómo es la mujer!
¡Cuánto embroca á otra escondida,
se alza como leche hervida
sin querernos entender!
(Aparece LUISA, nuevamente, dirijiéndose hacia la derecha. MARCELO le sale al paso,)
¡Adios, pimpollo bordao

para un pañuelo de seda!
LUISA—¡Deje libre la vereda,
careta de pan rallao! (Mutis.)
MARCELO—(Siguiéndola con el ademán.)
¡Muchas gracias! Me ha embromao...

ESCENA VIII

MARCELO, EMILIA, JUAN y DON PIETRO.—ASUNCION, en la ventana.

ASUNCION—(Cantando. Mira á MARCELO y da vivas muestras de impaciencia.)
"Yo soy la morocha,
la más agraciada,
la más renombrada
de esta población..."
JUAN—(Sale del almacén, medio "hecho", y luego se acerca á DON PIETRO, que también se ha vuelto á sentar á la puerta.)
Ché, mangiá cómo te fila
Asunción, de la ventana...
MARCELO—Que me file hasta mañana.
JUAN—¡Qué bronca!
MARCELO—Mejor, si estrila.
Pa eso se ha portao conmigo
como si fuera un bagüal,
y ya que ayer hizo el mal
justo es que hoy pague el castigo.
JUAN—Vos entendés...
MARCELO—De eso mucho.
JUAN—Yo me ajunto al italiano,
que es, según dijo el paisano,
como arrejuntarse á un pucho.
MARCELO—Ya estás mamao...
(EMILIA entra por la izquierda, atravesando la calle hacia la derecha. MARCELO la detiene.)
—Adios, linda.
EMILIA—No atiendo á los monos sabios.

MARCELO—Me gusta, por esos labios
que son un ramito é guinda.
EMILIA—¿Sí?
MARCELO—¡Por Dios! Y ese modito,
y esos ojos, y ese pié:
¡chá, quién fuera sagüaypé
para morderla un poquito!
EMILIA—¡Adios, perro!
MARCELO—No sea ingrata...
¿No vé que eso de morder
era pa darle á entender
que su hermosura me mata?
EMILIA—¿Con revólver ó á cuchillo?
MARCELO—Con todo, prenda de amor:
sus labios con el color,
sus ojitos con el brillo.
EMILIA—(Medio mutis.)
Bueno, me va á perdonar
que no le lleve el apunte.
MARCELO—Disculpe que le pregunte...
EMILIA—¡Qué manera é preguntar!

(Se acerca EMILIA. MARCELO se le insinúa muy picarescamente, sabiendo que ASUNCION, en la ventana, está bramando. Pausa.)

MARCELO—¿Usté nunca se ha trenzao
en cariño con un hombre?
EMILIA—No.
MARCELO—¿Nunca?
EMILIA—¡No, no se asombre!
MARCELO—¡Qué corazón más helao!
(Pausa.)
Y, digamé... Si algún día,
un hombre... así, como yo,
viene y le dice: "Buen día;
¿quiere casarse, alma mía?"
¿qué le diría?
EMILIA—¡Qué no!

MARCELO—¿Por qué?
EMILIA—Porque no le creo
    á ningún hombre un chiquito.
MARCELO—¡Eso si que está bonito!
EMILIA—¡Los aborrezco!
MARCELO—¡Eso es feo!
EMILIA—Si no tiene más que hablar
    me voy...
MARCELO—No sea ingratona...
    Mire, vamos á arreglar...
EMILIA—¡Sí, y usté me va á salvar
    la bronca de la patrona!
MARCELO—¡Ah! ¿Pero es tan broncadora?
EMILIA—¿Qué se piensa? ¡Cómo no!
MERCELO—¿Y si la defiendo yo?
EMILIA—¡Defienda á la planchadora!
JUAN—¡Compadre, ya te enfocó!
MARCELO—¡Qué macana! Si ese asunto
    ya hace un mes que se acabó.
EMILIA—¿Y la palabra que dió?
MARCELO—Milongas de contrapunto!
    Porque Asunción es mujer
    con más cuentas que un rosario:
    me quiso agarrar de otario
    y no tuve más que hacer...
    Un día dejé la cancha,
    Asunción siguió mi pista,
    yo le grité: "¡hasta la vista!"
    y ella se tiró una plancha...
EMILIA—¿Y ese es el cariño que usa,
    para después engañar?
MARCELO—¡A usté la voy á tratar
    como con guante é gamusa!
DON PIETRO—¡Cuesto creollo conta-musa,
    meta é meta macanear!
EMILIA—Es muy fino...
MARCELO—Igual que usté.

EMILIA—No crea, rubio.
MARCELO—¡Es al cuete!
¿La espero luego á las siete?
EMILIA—Este... bueno... esperemé...
(Váse por la derecha, mirando despreciativamente á la ventana.)
JUAN—(Entusiasmado.)
"¡Ah, loco! Si parecía
pegao en el animal,
que, aunque era medio bagüal,
á la rienda obedecía!"
MARCELO— Calláte, porque te zampo
con una piedra mamao:
¡son versos de Estanislao
del Campo!
JUAN—¡Qué sean de Martín Fierro!
Ahora la esquina es pa mí,
que me estás teniendo aquí
arrinconao como un perro.
MARCELO—Y hacé lo que te convenga...
¿Qué hay?
JUAN—Nada. ¡Muy de la zurda!
Le hago un afile á la gurda
á la primera que venga.
(Mira hacia la derecha compadreando, mientras MARCELO habla con DON PIETRO.)
MARCELO—Ché, italiano: ¿qué decís
de este barrio tan bonito?
DON PIETRO—¡Sarga de aquí, cumpadrito,
que le rompo la nariz!
MARCELO—¿A 'mí? ¡La risa me saques!
No tengo ni pa empezar.
DON PIETRO—¡Vaya á cepillarse el traques!
MARCELO—¿Por qué no se hace escrachar
de vendedor de almanaques?
(Le finge unos tiritos de cuchillo.)
DON PIETRO—¡Eh, sacramento, está chito! (Mutis.)

MARCELO—Si era pa hacerle una cruz...
¡Dispara como avestruz
cuanto le hacen un tirito!
JUAN—¡Ché, Marcelo!
MARCELO—¿Qué querés?
JUAN—Ahí viene la rubia Rosa.
MARCELO—Mirá que es muy refalosa...
JUAN—Dejála; no te asustés.

ESCENA IX

DICHOS y ROSA, menos DON PIETRO

JUAN—¿No quiere darme un rulo pa guardarlo?
ROSA—¿Un rulo nada más? Puede cortarlo.
(JUAN va á tocarle la cabeza y ROSA le obsequia con una sonora bofetada. ROSA marca el mutis á la izquierda, pero le sale al paso MARCELO.)
JUAN—¡Pucha, que había sido traicionera!
MARCELO—¡Te ha venido á estropear la budinera!
(A ROSA, Muy picarescamente.)
Nunca hubiera creído que una Rosa
pinchase tanto por tan poca cosa...
ROSA—Ni yo tengo paciencia lo bastante
para que así me ofenda un atorrante.
MARCELO—A mí nunca me gusta ser grosero.
Ya que se llama Rosa,
¿no me quiere aceptar de jardinero?
ROSA—Le voy á resultar muy trabajosa;
mejor que se dedique á la verdura...
MARCELO—No puede ser, mirando su hermosura.
ROSA Entonces, dejemé.
MARCELO—Yo no la toco.
ROSA—Lo que veo es que usté también es loco.
MARCELO—Debe ser por su amor.
ROSA—¡No me parece!
MARCELO—¡Y cuánto más la miro, más me crece!
ROSA—¿La nariz?

MARCELO—No, el amor, paloma mía.
ROSA—Como es tan narigón, yo confundía,
MARCELO—Si usté entrara de monja, yo al momento
me hundía de cabeza en el convento,
porque es más linda y más de la banana
que un papel de cien mangos...
ROSA—¡Qué macana!
MARCELO—No, crea, blanca flor; es al contrario:
yo para la verdá... ¡ni un diccionario!
ROSA—¿Tiene la letra tan bonita y buena?
MARCELO—¡Tengo un vocabulario
muy de la berengena!
JUAN—(Que se ha sentado á la puerta del almacén.)
¡Descuidate, Marcelo, descuidate,
y vas á ver cómo te rompe el mate!
MARCELO—¿A mí? ¿Qué le parece lo que ha hablao?
¿Usté crée que soy tan desgraciao?
ROSA—Por la suerte que tiene me parece
que no ha de haber nacido en martes trece;
pero ande con cuidao con este día,
porque le puede caer la lotería...

(ASUNCION, que, en la ventana, no puede contener su nerviosidad, tiene un arranque heróico y sale á la calle. DON PIETRO habrá aparecido un momento antes.)

ESCENA X

DICHOS. ASUNCION y DON PIETRO

ASUNCION—¡Marcelo!
ROSA—¿No le dije? (Medio mutis.)
MARCELO—(Llamándola.) Le prevengo
que yo digo una cosa y la sostengo;
así es que no se escape...
ROSA—(Volviendo.) ¿Qué desea?
ASUNCION—¡Qué se vaya á bañar!

ROSA—¿Y ahora? ¡Esta fea!
¿Qué le pasa, qué busca y á qué viene?
¿Quién le pregunta cuántos años tiene?
ASUNCION—¡Soy más joven que usté, cara é galleta!
ROSA—¡Miren, la gallareta
hablando é juventú! ¿Quién la ha engañado?
ASUNCION—¡Su madrina!
ROSA—¿Qué dice?
ASUNCION—¡Ya ha escuchado!

(Las dos mujeres se van á las manos, mientras que los hombres ríen, hasta que MARCELO interviene.)

MARCELO ¡A ver! ¿No se dan cuenta que es muy feo hacer esto en la calle?
ROSA—¡Salga, reo;
si usté tiene la culpa!
MARCELO—¡No me diga!
ROSA—¡Salga... vaya á esconderse con... su amiga; con esa... recalcada!
ASUNCION—¡Qué vale más que usté!
ROSA—¡Pa lavar platos!
DON PIETRO—¡Qué bochinche! ¡Se aráñano los gatos!
ROSA—Aquí nadie lo busca para nada.
DON PIETRO—Está bueno, m'hiquita...
ROSA—¿Hija suya? ¿De dónde? ¡Su abuelita!
DON PIETRO—¿Qué dice osté?
ROSA—Lo mismo, lo que ha oído,
pedazo de afanao entrometido.
DON PIETRO—Está biene...
ROSA—¿Y entonces? ¡El payaso!
DON PIETRO—¡Qué modo de montare lo picaso!
ROSA—Vaya á hacerse afeitar! (Váse furiosa.)
DON PIETRO—¡Santa María!
¡Adío, ferrocarril! Yo, cualquier día
me casaba con cuesta... ¡En un descuido,
le rompe la cabeza á lo marido!
JUAN—(Desapareciendo por la calle, derecha.)

Este mundo, compadre, es un fandango,
y hay que bailarlo como polka ó tango...

DON PIETRO (Idem, por la panadería.)

Osté habla de estrilo... ¡Ese é l'asunte!
¡Perque á osté no le llévano l'apunte!

(Va anocheciendo. Cuando cierra la noche, UN FAROLERO entra por la derecha, enciende el farol que habrá en la esquina, y desaparece por la izquierda).

ESCENA XI

MARCELO y ASUNCION

ASUNCION—(Después de una pausa.)

Y, ahora, decime: ¿ese es modo
de comportarte, bandido,
sabiendo que te han querido
hasta hacerte el gusto en todo?
¿Tenés vergüenza, decí,
cuando me creés tan indina,
parándote así en la esquina
para burlarte de mí?
¿Qué se ha hecho de tu cariño?
¿Dónde está tu juramento,
cuando se lo lleva el viento
como á promesa de niño?
Contestáme: ¿tenés cara,
sos hombre de alma y honor
pa tratar con tal rigor
á la que tanto te amara?...
¡Salí!... Si no merecés
ni que te miren siquiera,
porque hombres de ésta manera
con la palabra al revés,
son hombres que no merecen
respeto ni estimación,
por su misma condición
de ser lo que no parecen...

Y por tal forma de ser
nunca debían tener,
¡con alma y vida lo digo!,
ni el cariño de un amigo
ni el amor de una mujer.
¡Adios! (Medio mutis.)

MARCELO—Escuchá, Asunción...

ASUNCION—¿Para qué? Si ya no espero
de vos nada.

MARCELO—¡Es que te quiero
con todo mi corazón!
Tus palabras, alma mía,
casi me han hecho llorar,
y ahora me debo portar
como portarme debía...
Comprendo mi ingratitud,
pero... ¿qué querés, nenita?
Son cosas de... tu mamita:
¡biarazas de juventud!

ASUNCION—No, si mama se ha enojao
porque le echaste en olvido
el plazo comprometido
de casarte el mes pasao.

MARCELO—¡Nunca es tarde, alma de mi alma,
cuando la dicha es bonita!
Así es que ahora á la viejita
le devolvemos la calma.

ASUNCION—¡Marcelo! ¿No me engañás?

MARCELO—¡Si yo nunca te he engañao!
Ha sido un pial de volcao
pa luego quererte más.

(Se abrazan alegremente, y aparece JUAN, rápido, por la derecha, parándose en la puerta del almacén.)

JUAN—¿Guarda, que hay peligro, hermano!

ASUNCION—(Sin notar á Juan.)
¡Cuánto te quiero, Marcelo!

MARCELO—(Idem.)

¡Qué lindo ha dejao el cielo,
mi tormenta de verano!

ESCENA XII

Dichos, JUAN, ANGUSTIA y DON PIETRO

ANGUSTIA—(Entra por la derecha, furiosa al ver á MARCELO con ASUNCION, y los sorprende á gritos.)
¡Digamé! ¿Qué se ha pensao?
¿No le he dicho que Asunción
no está pa ningún pescao?...
¡Cara de reo escrachao
en La Prensa y La Nación!
MARCELO—¡Pa los pavos!
ASUNCION—No, querida; (Acariciándola.)
no lo trate de ese modo,
que ha venido á arreglar todo
para casarse en seguida...
ANGUSTIA—(Con asombro cómico, dejando caer la canasta.)
¡Qué me decis! ¿No es un sueño?
ASUNCION—¡Qué esperanza! Digalé...
MARCELO—Sí, mi vieja; ya lo vé
que ella es mi dueña...
ASUNCION—¡El, mi dueño!
ANGUSTIA—(Abriendo los brazos maternalmente.)
¡Pero... vengan! ¡Si esto es
mi alegría más completa!
(Se abrazan los tres.)
JUAN—¡Qué tres pa "Cara y Careta"!
DON PIETRO—(Asomándose.)
¡Pe la marona, qué tres!

ESCENA XIII

Dichos y RAMONA, CARMEN y EMILIA, que pasan.

(DON PIETRO se acerca á la vieja ANGUSTIA y quedan los cuatro conversando, á la izquierda,

hasta que el diálogo indica. Entra RAMONA por la derecha, mira significativamente al grupo donde está MARCELO, y se dirije al almacén.)

JUAN—(A Ramona.)
¿Viene á buscar á Marcelo
para la cita é las siete?

RAMONA—¿Le importa? ¿A usté quién lo mete?
¡Cara é caballo sin pelo!
(Entra "fula" al almacén.)

JUAN—(Riendo.)
Me encajaron una piña,
pero me voy á vengar
cuando aquí se empiece á armar
la gran riña.

CARMEN—(Por la derecha, haciendo lo mismo que RAMONA.)

JUAN—Adios, linda Carmencita;
ya son cerca de las siete,
y Marcelo... es un panete
que se ha olvidao de la cita.

CARMEN—¿Quién le pide que presente
las cuentas que está rindiendo?
¡Qué papelón está haciendo!
(Mutis, furiosa, por el almacén.)

JUAN—(Risas.)
¡ Y vos... no te digo niente!

EMILIA—(Igual que las otras dos, por la derecha.)

JUAN—(Señalando á MARCELO.)
¿Se va dando cuenta, Emilia,
de cómo está la familia?

EMILIA—¡De que usté es un desgraciao!
(Mutis por el almacén, muy "cabrera".)

JUAN—¡Pucha ,las tres se han quedao
como empanada é vigilia!
¡Já, já, já!
(Ríe estrepitosamente, llamando la atención del grupo que conversa.)

MARCELO—(Acercándose. Aparte.)
Ché, ¿qué tenés?
JUAN—¡Nada, hermano, un alegrón!
MARCELO—Salvâme, por Asunción;
ya las he visto á las tres...
JUAN—Y las tres, con tu macana
de haberles dicho: "¡hasta luego!",
están echando más fuego
que un incendio de la Aduana.
(Marcelo va á volver hacia el grupo, pero se detiene á la voz de RAMONA que sale con CARMEN y EMILIA.)

ESCENA XIV

ANGUSTIA, ASUNCION, RAMONA, CARMEN, EMILIA, MARCELO, JUAN y DON PIETRO

(Mucha ironía y gracejo popular en esta escena.)

RAMONA—Adios, joven: ¿cómo está?
MARCELO—Yo bien, pa servir á usté...
CARMEN—¿Qué cuenta? ¿Cómo le fué?
EMILIA—¿Qué dice? ¿Cómo le vá?
(MARCELO sin saber qué decir, mirando alternativamente á las tres y á ASUNCION, hace un papel de los que no se empardan.)
RAMONA—Conteste... ¿Cómo le ha ido?
CARMEN—Ya se ve que le va bien...
EMILIA—Lo veo en muy lindo tren.
RAMONA—Yo á saludarlo he venido.
MARCELO—(A RAMONA, tratando de llevarla aparte.)
Le voy á decir lo cierto...
RAMONA—¡Dejesé de macaniar!
MARCELO—(A CARMEN, ídem.)
Carmen... le voy á explicar...
CARMEN—¡Vaya á darse un baño al puerto!

ANGUSTIA—(Acercándose.)
¿Qué hay? ¿Qué pasa?
MARCELO—Nada... nada...
RAMONA—¡Su yerno está... de velorio!
CARMEN—¡Su yerno es un Juan Tenorio!
EMILIA—¡Su yerno es una monada!
ANGUSTIA—¡Bueno! ¿Qué hay con tanto dato?
¿Van á tocar la guitarra,
ó es que han creído que me agarra
cualquiera pal patronato?
RAMONA—¡No hay guitarra ni hay violín!
CARMEN—¡Ni ocarina!
EMILIA—¡Ni trombón!
DON PIETRO—¿Sará cuestión de acordión?
JUAN—¿O cuestión de mandolín?
RAMONA—Toditos los instrumentos
los tiene ese papanata,
que á las tres nos dió la lata
para venirnos con cuentos.
MARCELO—¡No le hagan caso!
ASUNCION—Es que en eso
son culpables. Yo las ví:
¡quisieron reirse de mí,
pero se las dí con queso!
RAMONA—¿A nosotras? ¡Cualquier día!
CARMEN—¡Qué pretensiones, la idiota!
EMILIA—¡Tiene la camisa rota!
RAMONA—¡Le ha cáido la lotería!

(Ríen á carcajadas, y desaparecen por la derecha. Ligera pausa cómica, después de la cual cada uno de los personajes les grita lo que marca la letra:)

ANGUSTIA—¡Adios, langosta saltona!
MARCELO—¡Qué les vaya bien, ladiadas!
JUAN—¡Adios, gallinas peladas!
DON PIETRO—¡Adios, panes de Cremona!

ESCENA FINAL

ANGUSTIA, ASUNCION; MARCELO, JUAN y DON PIETRO

ANGUSTÍA—(A MARCELO.)
Bueno... pero ahora te advierto
que vos no tenés razón...
Lo que le has hecho á Asunción
está muy mal...
JUAN—¡Cierto!
DON PIETRO—¡Cherto!
MARCELO—Todo eso ha sido una broma
que quise hacerle á esas... viejas,
pa que... ardieran las orejas
de quien en serio lo toma...
Y también pa demostrar
que en cosas del corazón
Marcelo tiene opinión
de la mujer, pa opinar.
JUAN—¡Ahora, pues! Largá la cosa,
que á mí ya me está gustando.
ANGUSTIA—Pero no te andés pasando,
que la calle es refalosa...
MARCELO—Vean: pa mí la mujer
resulta igualita al vino;
si es linda y joven, es fino.
JUAN—¿Y si es fea?
MARCELO—¡No hay que hacer!
No sirve ni pa comer
ni pa engañar la garganta,
porque aunque parezca santa
siempre ha de ser rezongona,
necia, cabrera y gritona,
macaneadora y "briganta!"
ANGUSTIA—¡Ya te pasaste á lo fiero!
MARCELO—Si sabe que yo la quiero...(Tregua.)

La mujer linda y jovial
que á los quince años trabaja,
que es nueva, como barája
pal "monte" de un club social;
que con vestido é percal
cruza graciosa la acera,
igual que una primavera
con su donaire argentino:
¡esa es botella de vino
"Champan", pero de primera!
(Risas.)
La de dieciocho á veinte años,
de ojos negros y mirones,
que van sembrando ilusiones...
ó sembrando desengaños;
la de atractivos extraños
que hacen bien... ó que hacen mal,
por su esplendor sin igual
y su presencia bonita:
¡les juro que es botellita
de "Oporto"... de Portugal!
(Risas.)
La de veinte á veinticinco,
porteña esbelta y dulzona,
que al mirarnos, coquetona,
el corazón nos da un brinco;
que en los bailes, con ahinco,
busca un novio, por favor,
pues ya le ha hablado el amor
de que... hay que apurar la cosa:
¡Esta es botella "espumosa"
de "Barbera" del mejor!
(Comentarios rápidos.)
La fulana que presenta
disimulo y seriedá,
Y que, en cuestiones de edá,
nunca dice tener treinta,

porque se va dando cuenta
de que los años se van
y que los hombres no están,
así, pa cualquier fulana:
¡ésta es vino en damajuana!
¡Vino "Mendoza" ó "San Juan!"
(Risas.)
La que á treinta y cinco alcanza
y es ya medio vejancona,
por ir llegando á jamona,
pero que aun tiene esperanza
de que caiga en la balanza
algún viudo ó solterón
de tal ó cual condición,
aunque gran cosa no fuera:
¡es una botella entera
del viejo vino Carlón!
(Comentarios.)
La que á cuarenta se inclina,
y dice, para sus males,
"que al ñudo son los candiales
y los caldos de gallina";
que se para en cada esquina
pero nadie le hace caso,
porque le han mangiao el paso
de que ya es demasiao fea,
esta... ¿qué quieren que sea?
¡Es vino de á cinco el vaso!
(Grandes arcajadas.)
Y en fin, la que de cuarenta
va pasando, compañero,
y tiene el genio más fiero
que nube de una tormenta;
persiana que no se asienta
porque no hay quien la bisagre,
tijereta, cara é bagre,
nariz grande y toronjil:

¡Esta, hermano es un barril...
JUAN—¿Barril de qué?
MARCELO—¡De vinagre!
(Más risas.)
ANGUSTIA—Eso de bagre, supongo
que no lo has dicho por mí?
MARCELO—¡Mi suegra! No me hable así...
¡No soy del barrio é'l Mondongo!
Todo eso dijo Marcelo
pa concluir con que su flor,
en el mundo es lo mejor...
¿Asunción? ¡Vino del cielo!
¿No es verdá que sí, mi negra?
ASUNCION—Lo que usté mande, patrón...
MARCELO—¡Ah, china del corazón!
(Se abrazan.)
ANGUSTIA—¡Ya me estoy viendo de suegra!
(Suena un organillo en la calle á la izquierda. Entusiasmo general.)
MARCELO—¡ Y esa es música que viene
pa festejar mi alegría!
DON PIETRO—¡Bolata, madona mía!
JUAN—¡Baile el barrio y no se apene!
(MARCELO y ASUNCION, DON PIETRO y ANGUSTIA forman parejas y bailan el chotis que dejará escuchar el organillo. VECINOS y VECINAS se asoman por todas partes.)
MARCELO—(Mientras cae el telón:)
¡Si baila el grande al pasar
su vida tranquilamente,
también del pueblo la gente
tiene derecho á bailar!

TELÓN LENTO